

cuenta de que la teocracia preconizada por Donoso no es el gobierno necesario, personal y directo, ejercido por los sacerdotes en concepto de delegados de Dios *para regir las cosas terrenas*, sino el gobierno y la dirección de las sociedades bajo el influjo de la doctrina de la Iglesia, y con arreglo al ejemplar, inimitable porque no es humano, de sus leyes constitutivas y orgánicas; la penetración de su espíritu en las ideas, en las costumbres, en las leyes de los pueblos; la aceptación de sus explicaciones en lo que respecta al orden universal y al orden humano; la adopción de sus máximas en lo que respecta al orden social; la imitación de su ordenada gerarquía en lo que respecta al orden político. Esta es, y no otra, la teocracia que Donoso ha expuesto, ha preconizado y ha defendido en toda su obra, y mas especial y directamente en los dos capítulos — « de la sociedad bajo el imperio de la teología católica » y « de la sociedad bajo el imperio de la Iglesia católica » — y esta es, y no otra, la teocracia que ya mas deliberadamente, pues que trata de responder á un cargo directo, explica en su citada polémica con Mr. de Broglie.

No siendo público aun este escrito, ningún cargo puede hacerse con él á los autores de las suposiciones que vamos combatiendo; pero no pueden ser absueltos del mismo modo respecto al segundo de los errores de hecho, que en nuestra opinión cometen, cuando declaran á Donoso partidario, y aun apóstol del *absolutismo*. No hay semejante cosa, y hay en cambio un célebre documento público que contradice esta declaración; la carta escrita por Donoso en abril de 1832, y publicada el mismo mes por la España, en respuesta á ciertas menciones caritativas que de sus escritos y persona habia hecho el *HERALDO*. En aquella carta se encuentra el párrafo siguiente: « ¿Qué eres, pues, se me dirá, sino estás por la discusión, DE LA MANERA » (*nota bene*) EN QUE ES ENTENDIDA POR LAS SOCIEDADES MODERNAS, y sino eres » ni liberal, ni racionalista, ni parlamentario? ¿Eres *absolutista* por ventura? — Yo sería absolutista, si el absolutismo fuera la contradicción radical de » todas estas cosas; pero la historia me enseña que hay absolutismos racionalistas, y aun hasta cierto punto liberales y discutidores; y que hay parlamentarios absolutos. El absolutismo es, pues, *cuando mas*, contradictorio » en la *forma*; no es, empero, contradictorio *en la esencia* de las *doctrinas* » que han llegado á ser famosas por la grandeza de sus estragos. El absolutismo no las contradice; porque no cabe contradicción entre cosas de diferente naturaleza: él es *una forma*, y *nada mas que una forma*: ¿dónde hay » absurdo mayor que buscar en una *forma* la contradicción radical de una *doctrina*, ó en una *doctrina* la contradicción radical de una *forma*? El catolicismo solo es la doctrina contradictoria de la doctrina que combato. Dad la » *forma* que queráis á la *doctrina* católica; y apesar de la forma que la deis, » todo será cambiado en un punto, y vereis renovada la faz de la tierra. » — Pocos dias despues, en otra carta escrita con motivo de las polémicas que

habia suscitado la anterior, decia Donoso: «Es la tercera (equivocación de » sus contrincantes) suponer que soy adversario del *Parlamento*, porque » lo soy del *parlamentarismo*. El *parlamentarismo* es una *doctrina* falsa, la » cual nada tiene que ver con el *Parlamento*, que es una *forma* indiferente: yo he combatido *doctrinas*; no he combatido *formas*. Si fuera enemigo » del *Parlamento*, como lo soy del *parlamentarismo*, no dejaria esta declaración al cuidado de mis comentadores benévolos. Nadie ignora que á mí » no me arredra ninguna declaración de principios, y que tengo el valor » de mis opiniones. » — Ahora bien: ó para los censores de Donoso que vamos combatiendo, el *absolutismo* no significa lo que entiende Donoso por esta *forma*; ó, si lo significa, no han podido, ni hipotéticamente, ni afirmativamente, ni de modo ninguno, suponer que Donoso preconizaba como sistema político el *absolutismo*. De esto se tendrá convicción aun mas profunda, cuando se conozca el citado artículo de polémica con Mr. de Broglie, en el cual y sustancialmente se contienen las ideas que acaban de ser expuestas.

Si en esta refutación nos hemos estendido mas de lo conveniente acaso, dignese el benévolo lector considerar la importancia de la cuestión en si misma; la alta justicia con que merecen ser refutados algunos de aquellos censores, que son muy respetables: téngase ademas en cuenta, que al refutarlos hemos indirectamente respondido en comun á todos los cargos que el vulgo de gentes, mucho menos respetables de lo que son aquellos, dirige, y dirigirá aun largo tiempo, contra doctrinas cuya responsabilidad, mas que de Donoso que las profesa, es de la sagrada escuela donde él las ha aprendido: considérese que hay muchos partidos, y muchos hombres, engañados los unos, interesados los otros en trincar el sentido de las palabras, y en alterar los límites de las ideas, para presentar á la doctrina católica como una bárbara superstición, depresiva de la razón humana en el orden filosófico; enemiga de todo género de progreso en la vida eterna de las sociedades; patrocinadora de todas las tiranías en el orden político: considérese, en fin, cuánto importa á la sagrada causa de la Iglesia de Jesucristo demostrar con uno y otro raciocinio, con una y otra prueba histórica, que fuera de ella no ha habido, no hay, ni puede haber guía segura para la razón, ni cimiento sólido para la ciencia, ni verdadera libertad para los pueblos: que solo en ella y por ella son alguna cosa real y comunicable el *progreso* de la sociedad y la *perfectibilidad* del hombre, palabras cuyo sentido, brutalmente desquiciado por la razón filosófica, tanto quiere decir para muchos como deificación del género humano, supresión de la Providencia, y absoluto imperio de las mas desenfrenadas pasiones.

Donoso veia con gran perspicuidad los errores que están en posesión del mundo, para que quisiera contrastarlos con los que han dominado en otros tiempos: estos hábiles sorteos, estas maniobras encaminadas á neu-

tralizar un mal con otro, de que tanto se precia el empirismo ecléctico, no son planta que crece en las alturas. Las inteligencias nutridas con la enseñanza católica, por lo mismo que poseen grande energía sintética para abrazar el conjunto y comprender la identidad de todos los errores, saben medirlos á todos con el mismo nivel, y condenarlos con una condenacion comun. Nuestro filósofo, que tan plenamente manifiesta veía en sí mismo esta verdad, mereció de la divina asistencia, cuando ya se acercaba el término de sus dias, una ocasion solemne en que hacerla para los demas tan manifiesta como era para sí mismo. Invitado por una augusta y sagrada magestad á investigar la comun raiz de los mas graves errores acreditados hoy en el mundo, dirigió en consecuencia á un ilustre Prelado de la Iglesia Romana un extenso informe que, siendo el de mas reciente fecha entre sus escritos inéditos, puede ser juzgado como el último término de la extension que alcanzó su inteligencia, y como última muestra de la fé vigorosa que ardía en su corazon cristiano. Resúmen conciso pero completo de todas las formas que ha tomado el espíritu del mal, encarnándose, por decirlo así, en las varias sectas del moderno racionalismo; clasificacion tan ordenada como comprensiva de todos los errores fundamentales contra las doctrinas católicas, enseñados en estos últimos tiempos; estadística perfecta de todas las fórmulas que, como otros tantos emblemas, son hoy el *verbo* creado por una filosofía satánica, resume aquel escrito las muestras typicas mas acabadas que pudieran desearse de todas las facultades intelectuales, de todos los afectos constitutivos, de todas las calidades artisticas de Doxoso: exactitud en el análisis; claridad en la exposicion; amplitud en la sintesis: no hay una sola familia de errores teológicos, morales, políticos, que se escape á su perspicacia, ni que pueda ocultar á su penetracion el flanco por donde han de ser combatidos, y á su intuicion el vínculo que entre sí los enlaza: todos acuden á su voz para comparecer ante él como reos; y él á todos los juzga en sumario, y los condena en justicia, como juez que falla con arreglo á un código infalible, y que ha registrado el proceso con ojos alumbrados por la fé que todo lo ilumina. Para que nada falte en este escrito, tambien hay allí la exuberancia de estilo, la pompa de locuciones, y hasta la incorreccion de lenguaje, que no lograron del todo corregir los esfuerzos constantes y hasta penosos que hizo para conseguirlo en los últimos años de su vida.

Si se considera que este escrito, de estas condiciones, fué elaborado pocos meses antes de que su autor muriese, con harta razon pueden aplicársele palabras dichas por él mismo en la primera obra que dió á la luz pública: el cristiano, el filósofo, el poeta, que vivian en Doxoso librándose un perpétuo combate, mientras hizo á su sola razon juez único del campo; cuando llamados por Dios á reconciliarse entre sí, hicieron paces ante las aras de la Iglesia Católica, todo en ellos empezó á ser armonía: y cuando

se acercó el hora de soltarse sus vínculos terrenos, aquella alma grande «desplegó toda su energía, como el cisne que no desata sino sobre su sepulcro todo el raudal de su canto, ó como la lámpara que brilla mas en el momento en que se extingue.»

La actividad de su vida habia sido devoradora: atleta vigoroso, habia luchado consigo mismo, mucho mas que con el mundo: centuplicada su fuerza con el ejercicio, amaestrada con la experiencia, estimulada por la esperanza del triunfo, habia, en fin, logrado la mayor victoria. Pero no impunemente se sostiene ese largo y fatigoso combate: ó el vigor decrece paulatinamente con el reposo, si la naturaleza es flaca; ó si la naturaleza es fuerte, como era la de Doxoso, estalla súbitamente y se extingue como herida por el rayo. Para que todo fuera lógico en su vida fisica, como en su vida moral, murió de una enfermedad del corazon; tan súbita, que apenas tuvo tiempo de verla llegar, y tan violenta, que en un mes le quitó la vida. Atacado por ella en los primeros dias de abril de 1855, solo entonces empezó á temer como cercano el término de sus dias, si bien la tristeza profundísima que á deshora habia embargado su ánimo desde algunos meses antes, hacen sospechar si tuvo algun vago presentimiento. Su palabra de ordinario fatídica y vibrante, era, en estos últimos tiempos, dulce y melancólica: todas sus cartas de esta fecha respiran una tristeza, y como un cansancio de la vida, que eran sin duda ya síntomas precursores de su cercana muerte. Parece seguro, cuando menos, que estaba ya resuelto á dejar el mundo para consagrarse únicamente y para siempre á Dios. Sin embargo de que la régia munificencia acababa de honrarle con dos altas mercedes, dándole la gran cruz de Carlos III, y nombrándole Senador del Reino, fueron muy reiteradas sus instancias al gobierno, para que le relevase del elevado cargo que en Paris desempeñaba, y que sin procurar goze alguno á la vanidad, le estorbaba para ejercer su caridad tan ardiente como activa, y para entregarse de lleno á la práctica de su devocion sincera y no menos ardiente. La historia de su caridad la saben los pobres: contar sus pormenores, seria profanarla: Dios tambien la sabia, pues que le otorgaba tantos consuelos. La historia de sus ejercicios devotos es demasiado bella para entregarla al escarnio de las gentes mundanas: sábenla los sacerdotes y personas piadosas, con quienes incesantemente conversaba: sábenla los que le asistian de cerca, y los que presenciaban toda su vida: dicenla los testimonios secretos que su muerte ha hecho manifiestos para su familia y sus amigos: pregónanla, en fin, sus escritos y sus obras; y confirmala, mas que todo esto, la historia de su muerte.

Para contar esta última historia, no tiene el que escribe la fuerza propia, ni la calma necesaria: necesita dejar hablar á otros, y escoge á los que la cuentan mejor, porque habiéndolo amado mucho á Doxoso, le vieron morir, y saben el precio infinito, que como enseñanza y como ejemplo, tiene

la muerte de un cristiano. Mr. de Bois-le-Conte decia á una ilustre señora en carta que ya ha sido publicada :

«Inútil creo decir, sobre todo, á vos, señora, que tan bien sabiais comprenderle y apreciarle, la disposicion de ánimo en que ha muerto DONOSO CORTÉS.—Ocho dias antes de su muerte, conversando con el señor R....—«Estoy tranquilo, le decia, porque me veo en brazos de quien me veo,»—y le mostraba su Crucifijo. Habia comulgado tres veces durante su enfermedad : ayer (el 3 de mayo) á eso de las tres de la tarde, habiendo sufrido una congoja, que le hizo padecer mucho, dijo:—«Llegó el momento : que avisen á la parroquia.»—Mientras se cumplia su deseo, se puso á encomendarse á Dios, á la Santísima Virgen y á los santos de su devocion con un fervor, una fé, una serenidad, que conmovió profundamente á la hermana de caridad que le asistia, y que ha visto morir á tantas otras personas.—Cuando llegó el párroco, estuvo con él á solas unos momentos, y haciéndole en seguida que entrase todo el mundo, recibió el santo óleo, respondiendo en latin y con acento seguro á todos los versiculos de los salmos.—Los señores Hubner, de Hatzfeld, de Brignole y madama Thaer, que le han visto en sus últimos momentos, salieron de su cuarto verdaderamente maravillados. Algunos dias antes habia dicho á la hermana que le asistia :—«Si Dios me concede vida, procuraré demostrar á Vd. mejor que ahora lo hago por palabras, cuánto le agradezco su solícita asistencia.... Si muero, espero en Dios que aun seré á Vd. mucho mas útil.»—Cuando la hermana vió que se le acababa la vida, se arrodilló á su cabecera, y le dijo:—«Acordaos de mi.—Hizo un signo afirmativo con la cabeza, y volvió á sus oraciones, que minutos despues interrumpió la muerte....»

La gratitud como español, y la confraternidad como cristiano, mandan recordar aquí el tierno y elocuente panegirico que consagró á Donoso uno de sus mas ilustres y afectuosos amigos, Mr. Louis Veillot, director del UNIVERS. La misma gratitud y la misma confraternidad mandan mencionar el bello tributo de su talento y de su corazon que á nuestro llorado amigo rindió el señor conde de Montalembert en el artículo ya conocido por el público español, y del cual tomamos, para terminar nuestra tarea, los párrafos siguientes:

«Lo que mas me admira, nos decia la hermana que recibió su último suspiro, lo que yo no he visto en nadie sino en él, es que jamás hablaba mal de nadie.» Amando así á sus semejantes ¿cómo debería amar á su Dios? La misma hermana decia: «Jamás pasa cinco minutos sin pensar en Dios; y cuando habla, sus palabras penetran en el corazon, como flechas.»

«Al anunciarle que el emperador enviaba un ayudante de campo para mostrarle su afectuoso interés, dió gracias con un movimiento de cabeza; y volviendo su mirada dulce y profunda hácia la imagen de Jesucristo lle-

vando la cruz, que pendia de la cabecera de su cama :—«Que este, dijo, se interese por mí, es lo que me importa.»

«La sincera y perfecta humildad de que estaba poseido, se revelaba á cada instante, y se confundia en todo su ser con la mas cristiana paciencia. Un dia, el piadoso y sabio médico que luchaba en vano contra el mal gradualmente vencedor, decia á la hermana :—«¡Cuidais de un enfermo como no suele haberlos : es un verdadero santo!»

«Donoso que lo oyó, exclamó, incorporándose en la cama, con una vehemencia inusitada.—«Monsieur Cruveilhier, con tales ideas me quedaré en el purgatorio hasta el fin del mundo. Os digo que no soy un santo, sino el mas débil de los hombres. Cuando estoy rodeado de gente constante en la virtud, se me juzga bien; pero si viviese con gente depravada, no sé qué seria de mí.»—Despues, volviéndose con una mirada ardiente y una expresion indecible hácia su crucifijo :—«¡Vos sabeis bien, Dios mio, que no soy un santo!»

«La lucha dolorosa y admirable tocaba á su término. A la extraordinaria y seductora vivacidad de todo su sér, habia sucedido, no el abatimiento de la enfermedad, sino la calma del cristiano, seguro de su rumbo y de su Dios. Esta calma fué, hasta el fin, el distintivo de su figura y de sus palabras. No la interrumpia mas que para dar rienda á su devocion. Mezclaba á sus oraciones en francés y en latin estas expresivas exclamaciones de la piedad española—; *Jesús de mi alma!* ; *Dios de mi corazon!*—Hé aquí sus últimas palabras, las últimas al menos que se pudieron oír :—«Dios mio! yo soy vuestra criatura; vos habeis dicho; yo atraeré todo hácia mí. Atraedme, recibidme.»—Asi murió la tarde del 3 de mayo de 1855, antes de haber cumplido los cuarenta y cuatro años de edad.»

«Todos recuerdan la consternacion que esta fúnebre nueva esparció en París, y que en breve se propagó á los extremos del mundo católico. Y no fueron solo los católicos los que se sintieron heridos por el dolor. Habia sabido conquistarse en todas partes amigos : atraía involuntariamente hácia sí á los que parecian mas naturalmente lejanos de él, cautivaba á los mismos á quienes no trataba de convencer. Fué llorado por ojos no acostumbrados á las lágrimas....»

«Sus exequias ofrecieron un espectáculo edificante y curioso, mas edificante que las que contemplamos de ordinario; y curioso, porque en él se reflejaba una viva imagen de la accion ejercida por este extranjero, amado por todas las clases de nuestra sociedad. Allí se veia á los mas ilustres servidores de las dos monarquias vencidas y proscritas, marchando detrás de los grandes del régimen actual. Dos mundos diversos y contrarios se reunian por la primera vez en derredor de esta tumba que la religion honraba con su duelo, y que iluminaba con sus infalibles esperanzas.»

Es verdad: la prensa toda de Paris, y luego la de Francia, y luego la de

Europa tuvieron, para lamentar la muerte de Donoso, un lenguaje desusado en ocasiones análogas, y que era mucho mas de lo que la fraseología comun en estos casos suele aplicar con ceremoniosa y helada monotonía á las personas de viso que mueren. Todavía son muchas las gentes piadosas, y algunas muy ilustres, que acuden á pedir á Dios el eterno descanso para Donoso, sobre la losa que cubrió temporalmente su cuerpo en la parroquia de Saint-Philippe du Roule. Todavía, el piadoso é ilustrado sacerdote, que acompañó sus restos hasta Madrid, mezcla, y mezclará mientras viva, en sus oraciones el nombre, para él tan querido, de aquel á quien vió ser providencia de los pobres, y siervo de la Cruz. Mas de una vez los prelados del mundo católico le llaman como autoridad en auxilio de su apostolado, y mencionan solemnemente su muerte como ejemplo digno de eterna recordación. No pasa apenas día, sin que algun publicista distinguido le cite como apoyo de sus propias opiniones, ó como auxilio de su propia autoridad. Su palabra que tuvo siempre, mientras vivió, el raro privilegio de hallar refutaciones ó aplauso en las inteligencias activas, de remover y de sacudir á las perezosas, de ser entregada al comento de los unos, á la admiración de los otros, á los sarcasmos de varios, á la indiferencia de ninguno; esa palabra va estendiéndose y reproduciéndose cada vez con mayor fuerza, como ecos repetidos de un acento que no muere.

Sus restos mortales, ahí están esperando que al fúnebre triunfo con que la piedad y el patriotismo los mandaron trasladar desde Paris á nuestra corte, se siga, por decoro de España y en cumplimiento del régio mandato, la erección de un túmulo, que, siquiera pobre y sencillo, recuerde á las edades futuras el nombre español mas celebrado en estos últimos tiempos por los sábios de la Europa, y uno de los mas caros á los católicos de todo el mundo, que esperan en Dios se habrá dignado recibir en el seno de su gloria al que fué en la tierra tan elocuente testimonio de su Misericordia y de su Justicia.

Madrid, 14 de marzo de 1854.

GAVINO TEJADO.

OBRAS

DE

D. JUAN DONOSO CORTÉS.